

ORACIÓN RESPONDIDA, AMOR NUTRIDO

Volumen 1 – Sermón No. 240

Traducción: estudialapalabra.org

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

27 DE FEBRERO DE 1859,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.

“Amo a Jehová, pues ha oído mi voz y mis súplicas”

Salmos 116:1

En la peregrinación cristiana es bueno en su mayor parte estar mirando hacia adelante. Ya sea para la esperanza, para la alegría, para el consuelo o para inspirar nuestro amor, el futuro, después de todo, debe ser el gran objeto del ojo de la fe. Mirando hacia el futuro vemos el pecado echado fuera, el cuerpo de pecado y muerte destruido, el alma hecha perfecta y apta para ser partícipe de la herencia de los santos en luz. Y mirando aún más allá, el alma del creyente puede ver pasar el río de la muerte, vadear el sombrío arroyo, puede contemplar las colinas de luz sobre las que se alza la ciudad celestial, se ve a sí mismo entrar por las puertas de perlas, aclamado como más que un vencedor, coronado por la mano de Cristo, abrazados en los brazos de Jesús, glorificados con Él, hechos sentar con Él en su trono, como Él ha vencido y se ha sentado con el Padre en su trono.

La visión del futuro bien puede aliviar la oscuridad del pasado, las esperanzas del mundo venidero pueden disipar todas las dudas del presente. ¡Calla, mis miedos! este mundo no es más que un tramo estrecho, y pronto lo habrás pasado. ¡Calla, calla, mis dudas! la muerte no es más que un arroyo angosto, y pronto lo habrás vadeado. ¡Qué corto el tiempo, qué larga la eternidad! ¡La muerte, qué breve, la inmortalidad, qué interminable!

“¡Oh, la escena transportadora y arrebatadora que sube a mi vista!

dulces campos ataviados de verde vivo,

y ríos de delicia.

Llena de deleite mi alma arrebatada

ya no me quedaría aquí,

aunque las olas del Jordán me rodeen,

sin miedo me lanzaría lejos”.

Sin embargo, el cristiano puede hacer bien algunas veces en mirar hacia atrás, puede mirar hacia atrás al hoyo del pozo y al lodo cenagoso de donde fue excavado; la retrospectiva lo ayudará a ser humilde, lo impulsará a ser fiel. Puede mirar hacia atrás con satisfacción a la hora gloriosa cuando vio por primera vez al Señor, cuando la vida espiritual por primera vez vivificó su alma muerta.

Entonces podrá mirar hacia atrás a través de todos los cambios de su vida, sus problemas y sus alegrías, sus Pisga y sus Engedi, la tierra de los hermonitas y la colina Mizar. No debe mirar siempre hacia atrás, porque la escena más hermosa se encuentra más allá, no le beneficiará estar siempre considerando el pasado, porque el futuro es mucho más glorioso, pero, sin embargo, a veces una retrospectiva puede ser tan útil como una perspectiva, y la memoria puede ser tan buena maestra como incluso la fe misma.

Esta mañana les pido que se paren en la cima de su experiencia presente y miren hacia atrás en el pasado, y encuentren en él motivos para amar a Dios, y que el Espíritu Santo me ayude a predicar y a ustedes a escuchar, para que su amor se encienda, y que os podáis retirar de esta sala, declarando en el lenguaje del salmista: "Amo a Jehová, porque ha oído mi voz y mi súplica".

Los objetos particulares que ahora debes mirar hacia atrás son las múltiples y manifiestas respuestas a la oración que Dios te ha dado. Quiero que tomes ahora un libro que deberías leer a menudo, el libro de memoria que Dios ha escrito en tu corazón de Su gran bondad y misericordias continuas, y quiero que vayas a esa página de oro donde se registran las instancias de la gracia de Dios al haber escuchado tu voz y haber respondido a tus súplicas. Les daré siete reflexiones, cada una de las cuales despertará sus corazones para amar a nuestro Dios cuyo memorial es que Él escucha y contesta las oraciones

1. Y lo primero que quiero que recuerden son **SUS PROPIAS ORACIONES.**

Si los miras con un ojo honesto, te asombrará que Dios los haya oído alguna vez. Puede haber algunos hombres que piensen que sus oraciones son dignas de ser aceptadas, me atrevo a decir que el fariseo lo hizo. Pero todos esos hombres encontrarán que, por dignas que estimen sus oraciones, Dios no les responderá en absoluto. El verdadero cristiano, al mirar hacia atrás, llora por sus oraciones, y si pudiera volver sobre sus pasos desearía orar mejor, porque ve que todos sus intentos de oración en el pasado han sido intentos más bien torpes que verdaderos éxitos.

Mira hacia atrás ahora, cristiano, a tus oraciones y recuerda qué cosas tan frías han sido. Has estado de rodillas en el aposento, y allí deberías haber luchado como lo hizo Jacob, pero en vez de eso tus manos se han caído, y te has olvidado de luchar con Dios. Tus deseos han sido débiles y se han expresado en un lenguaje tan lamentable que el deseo mismo pareció

congelarse en los labios que lo pronunciaron. Y, sin embargo, por extraño que parezca, Dios ha escuchado esas frías oraciones y también las ha respondido, aunque han sido tales que hemos salido de nuestro tiempo secreto y las hemos llorado.

En otras ocasiones, nuestros corazones se han roto porque sentimos que no podemos sentir, y nuestra única oración fue: "Dios, perdónanos porque no podemos orar". No obstante, Dios ha oído este gemido interno del espíritu. La débil oración que nosotros mismos despreciamos, y que pensamos que habría muerto en la puerta de la misericordia, ha sido alimentada, nutrida, fomentada y aceptada, y ha regresado a nosotros como una bendición completamente desarrollada, llena de misericordia de Sus manos.

Por otra parte, creyente, cuán infrecuentes y pocas son vuestras oraciones y, sin embargo, cuán numerosas y cuán grandes han sido las bendiciones de Dios. Has orado en tiempos de dificultad con mucho fervor, pero cuando Dios te ha librado, ¿dónde quedó tu antiguo fervor? En el día de la angustia sitiaste Su trono con todas tus fuerzas, y en la hora de tu prosperidad, no pudiste dejar de suplicar por completo, pero ¡oh! ¡Cuán débil fue la oración comparada con la que fue arrancada de tu alma por la mano áspera de tu agonía!

Sin embargo, a pesar de que, aunque habéis dejado de orar como antes, Dios no ha dejado de bendecir. Cuando te has olvidado de tu tiempo secreto, Él no se ha olvidado de tu casa, ni de tu corazón. Cuando has descuidado el propiciatorio, Dios no lo ha dejado vacío, sino que la luz brillante de la Shekinah siempre ha sido visible entre las alas de los querubines.

¡Vaya! Me maravillo de que el Señor tenga en cuenta esos espasmos intermitentes de importunidad que van y vienen con nuestras necesidades. ¡Vaya! ¡Qué Dios es Él para escuchar las oraciones de los hombres que vienen a Él cuando tienen necesidades, pero que lo descuidan cuando han recibido una misericordia, que se acercan a Él cuando se ven obligados a venir, pero que casi se olvidan de ir a Él cuando las misericordias son muchas y los dolores pocos!

Vuelve a mirar tus oraciones en otro aspecto. ¡Cuán incrédulos han sido a menudo! Tú y yo hemos ido al propiciatorio y le hemos pedido a Dios que nos bendiga, pero no hemos creído que lo haría. Él ha dicho: "Todo lo que pidieréis en oración, creed que lo tendréis, y lo tendréis". ¡Vaya! ¡Cómo podría herirme esta mañana, cuando pienso cómo de rodillas he dudado de mi Dios!

¿Qué pensarías de un hombre que se presentara ante ti con una petición y te dijera: "Señor, me has prometido darme tal y tal cosa si te la pido, te la pido, pero no creo que me la des a mí?" Dirías: "Vete hasta que me creas mejor. No daré nada a un hombre que dude de mi palabra". A menudo, el Señor podría habernos despreciado de Su propiciatorio cuando hemos

venido a Él, sin creer las mismas promesas que pretendíamos alegar. ¡Qué pequeña también la fe de nuestras oraciones más fieles! Cuando más creemos, ¡qué poco confiamos, qué lleno de dudas está nuestro corazón, incluso cuando nuestra fe ha crecido en su mayor medida! ¿Qué cristiano hay aquí que no se avergüence de sí mismo por haber dudado tantas veces de un Dios que nunca se negó a sí mismo, que nunca fue falso, ni una vez infiel a su Palabra?

Sin embargo, por extraño que parezca, Dios ha escuchado nuestras oraciones, aunque no creímos, Él permaneció fiel. Él ha dicho: "Pobre corazón, tu debilidad te hace dudar de mí, pero mi amor me obliga a cumplir la promesa, aunque tú dudes". Él nos ha oído en el día de nuestra angustia, nos ha traído dulce liberación incluso cuando lo deshonramos temblando ante su propiciatorio. Repito, mire hacia atrás en sus oraciones y me asombro de que Dios las haya escuchado alguna vez.

A menudo, cuando nos despertamos por la mañana y encontramos nuestra casa y nuestra familia seguras, y recordamos la pobre oración familiar que pronunciamos la noche anterior, debemos asombrarnos de que la casa no se haya quemado con todo dentro. Y ustedes en la iglesia, después de haber asistido a la reunión de oración y orado allí, y Dios realmente los ha escuchado, y multiplicado la iglesia y bendecido al ministro, ¿no dicen después: "Me asombra que Él haya oído tal cosa, pobres oraciones como las que se pronunciaron en la reunión de oración?"

Estoy seguro, amados, de que encontraremos muchas razones para amar a Dios, si sólo pensamos en esos lamentables abortos de la oración, esos higos verdes, esos arcos sin cuerdas, esas flechas sin cabeza, que llamamos oraciones, y que Él ha llevado consigo en Su longanimidad.

El hecho es que la oración sincera a menudo puede ser muy débil para nosotros, pero siempre es aceptable para Dios. Es como algunos de esos billetes de una libra que se usan en Escocia: pedazos de papel sucios y desgarrados, uno apenas los miraría, uno siempre parece contento de deshacerse de ellos por algo que se parece un poco más al dinero. Pero, aun así, cuando son llevados al banco, siempre son reconocidos y aceptados como genuinos, por muy podridos y viejos que sean. Lo mismo ocurre con nuestras oraciones, que están sucias por la incredulidad, decaídas por la imbecilidad y carcomidas por pensamientos errantes, pero, sin embargo, Dios las acepta en la orilla del cielo y nos da ricas y prontas bendiciones a cambio de nuestras súplicas.

2. Una vez más, espero que seamos llevados a amar a Dios por haber escuchado nuestras oraciones, si consideramos LA GRAN VARIEDAD DE MISERICORDIAS QUE HEMOS PEDIDO EN ORACIÓN, Y LA LARGA LISTA DE RESPUESTAS QUE HEMOS RECIBIDO.

Ahora, cristiano, de nuevo, sé tu propio predicador. Es imposible para mí describir su experiencia tan bien como usted mismo puede leerla. ¡Qué multitud de oraciones hemos levantado tú y yo desde el primer momento en que aprendimos a orar! La primera oración fue una oración por nosotros mismos, le pedimos a Dios que tuviera misericordia de nosotros y borrara nuestro pecado. Él escuchó eso. Pero cuando Él hubo borrado nuestros pecados como una nube, entonces tuvimos más oraciones por nosotros mismos. Hemos tenido que orar por la gracia santificante, por la gracia que constriñe y refrena, hemos sido llevados a pedir una nueva seguridad de fe, la cómoda aplicación de la promesa, la liberación en la hora de la tentación, la ayuda en el tiempo del deber, y para socorro en el día de la prueba. Nos hemos visto obligados a acudir a Dios por nuestras almas, como mendigos constantes pidiendo de todo.

Dad testimonio, hijos de Dios, que nunca habéis podido conseguir nada para vuestras almas en otra parte. Todo el pan que tu alma ha comido ha bajado del cielo, y toda el agua que ha bebido ha salido de aquella Roca viva que es Cristo Jesús el Señor. Tu alma nunca se ha enriquecido en sí misma, siempre ha sido una pensionada de la munificencia diaria de Dios, y por lo tanto tus oraciones han tenido que ascender al cielo por una gama de misericordias espirituales casi infinitas. Vuestras necesidades eran innumerables y, por lo tanto, las provisiones han sido innumerables, y vuestras oraciones han sido tan variadas como innumerables han sido las misericordias.

Pero no es sólo por tu alma por lo que has suplicado, tu cuerpo ha tenido sus gritos. Has sido pobre y has pedido comida y ropa. ¿Con qué frecuencia se le han dado a usted? No por milagros es cierto. Los cuervos no te traen pan y carne, pero el pan y la carne vienen sin los cuervos, lo cual es un milagro aún mayor. Es verdad que tu vestido se ha envejecido, y por eso no has visto el milagro de los hijos de Israel en el desierto, cuyas ropas nunca envejecían, sin embargo, has tenido un milagro mayor, aún, porque has tenido nuevos cuando los quisiste.

Todas sus necesidades han sido provistas a medida que han surgido. ¿Con qué frecuencia te han llegado estas necesidades? Tan grandes han sido a veces, que has dicho: "Ciertamente el Señor me desampará y me entregará; mi pan no me será dado, ni mi agua será segura". Pero hasta ahora Dios te ha alimentado, aún no estás hambriento, y por la gracia de Dios no lo estarás. La incredulidad te ha dicho muchas veces que morirías en la casa de trabajo, pero estás fuera incluso ahora, aunque parece como si mil milagros se hubieran juntado para evitarlo.

Por otra parte, cuántas veces la enfermedad se ha apoderado de ti, y como Ezequías, has vuelto tu rostro hacia la pared y clamado: "Señor, perdona a tu siervo, y no dejes que descienda al sepulcro en medio de sus días", y aquí estás tú, vivo, vivo para alabar a Dios. ¿Recuerdas la fiebre y el cólera, y todas esas otras enfermedades feroces que te han abatido, recuerdas esas

oraciones que pronunciaste y esos votos que hiciste? ¡Vaya! ¿No amáis al Señor porque ha oído vuestra voz y vuestra súplica?

Cuantas veces también habéis orado por misericordias en camino, y Él os ha protegido en medio de los accidentes. Has pedido bendiciones en tu salida y en tu entrada, bendiciones del día y de la noche, del sol y de la luna, y todo esto te ha sido concedido. Sus oraciones fueron innumerables, pidieron innumerables mercedes, y todas han sido concedidas. Sólo mírate a ti mismo, ¿no estás adornado y enjoyado con misericordias tan densamente como el cielo con estrellas?

Piensa en cómo has orado por tu familia. Cuando conociste al Señor por primera vez, tu esposo no le temía, pero, ¡cómo luchaste por el alma de tu esposo! y ahora la lágrima está en tu ojo mientras ves a tu esposo sentado a tu lado en la casa de Dios, y recuerdas, no hace muchos meses que él habría estado en la taberna. Vuestros hijos también han sido llevados a Dios a través de vuestras oraciones. Madres, habéis luchado con Dios para que vuestros hijos sean hijos de Dios, y habéis vivido para verlos convertidos. Cuán grande la misericordia de ver a nuestra descendencia llamada en la primera juventud. ¡Vaya! ama al Señor, porque también en esto ha oído tu voz y tu súplica.

¿Cuántas veces has presentado ante Dios tu negocio, y Él te ha ayudado en ese asunto? ¡Con qué frecuencia le has puesto las aflicciones de tu hogar delante de Él, y Él te ha librado en ese caso! Y algunos de nosotros podemos cantar sobre las bendiciones que recibimos en el servicio de Dios en Su iglesia. Hemos vivido para ver el santuario vacío repleto, hemos visto nuestros mayores intentos exitosos más allá de nuestras esperanzas más optimistas, hemos orado por los pecadores y los hemos visto salvos, hemos pedido por los reincidentes y los hemos visto restaurados, hemos clamado por un Pentecostés, y lo hemos tenido, y por la gracia de Dios estamos clamando por él nuevamente, y lo tendremos una vez más.

Oh ministro, diácono, anciano, miembro, padre, madre, hombre de negocios, ¿no tienes en verdad motivos para decir: "Yo amo al Señor, porque ha oído mi voz y mis súplicas"? Me temo que el mismo hecho de que Dios escuche nuestras oraciones tan constantemente, nos lleve a olvidar la grandeza de su misericordia. No sea así. "Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides todos sus beneficios". Que esto sea recordado hoy, y permíteme elevar un cántico al Dios que ha oído la voz de mi súplica.

3. Notemos nuevamente LA FRECUENCIA DE SUS RESPUESTAS A NUESTRAS ORACIONES CONSTANTES. Si un mendigo llega a tu casa y le das una limosna, te enfadarás mucho si dentro de un mes vuelve, y si luego descubres que se ha convertido en una regla esperarte mensualmente para una contribución, te dile: "Te di algo una vez, pero no quise establecerlo como regla". Supongamos, sin embargo, que el mendigo fuera tan descarado e

impertinente que dijera: "Pero tengo la intención, señor, de atenderlo todas las mañanas y todas las noches", entonces usted diría: "Tengo la intención de mantener mi puerta cerrada para que no pueda no me molestes". Y suponga que luego lo mirara a la cara y agregara aún más: "Señor, tengo la intención de esperarlo cada hora, y no puedo prometerle que no vendré a usted sesenta veces en una hora, pero juro y declaro que cuantas veces quiera algo, tantas veces vendré a ti, si solo tengo un deseo vendré y te lo diré, lo más pequeño y lo más grande me llevarán a ti, estaré siempre en el puesto de su puerta". Pronto te cansarías de tales importunidades y desearías que el mendigo estuviera en cualquier lugar, en lugar de que viniera a molestarte de esa manera.

Sin embargo, recuerda, esto es exactamente lo que le has hecho a Dios, y Él nunca se ha quejado de ti por hacerlo, sino que se ha quejado de ti de otra manera. Él ha dicho: "No me has invocado, oh Jacob". Él nunca ha murmurado por la frecuencia de tus oraciones, sino que se ha quejado de que no has venido a Él lo suficiente. Cada mañana cuando te has levantado, tu clamor ha subido a Él, de nuevo con la familia has clamado al Dios de Jacob, al atardecer te has reunido y le has orado, y cada vez que tienes una prueba, o una necesidad, o una duda, o un miedo, si has hecho lo correcto, has corrido rápidamente a Su trono y se lo has contado todo.

Habla ahora, santo, ¿te ha dicho alguna vez: "Vete, me cansas"? ¿Ha dicho Él alguna vez: "Mi oído está pesado para no oír; Mi brazo se ha acortado que no puedo salvar"? ¿Ha dicho Él: "Fuera contigo, no quiero así estar escuchándote perpetuamente? ¿Cuál es tu voz áspera y chirriante para que siempre deba prestarle oído? ¿No estoy escuchando los cantos de los ángeles, los gritos de los querubines? Fuera contigo, no me molestes. "En ciertas estaciones puedes venir, en el día de reposo puedes orar, pero no quiero oírte en la semana". No, no, dulcemente nos ha abrazado cada vez, siempre ha inclinado el cielo y ha bajado a escuchar nuestro débil clamor, nunca ha negado una promesa, nunca quebrantado su Palabra, incluso cuando le hemos suplicado mil veces al día. ¡Vaya! Amaré el nombre de un Dios tan paciente como este, que soporta mis oraciones, aunque sean como una nube de avispas en el aire.

4. Ve un poco más lejos y tendrás otro pensamiento surgiendo. Piensa en LA GRANDEZA DE LA MISERICORDIA QUE A MENUDO LE HABÉIS PEDIDO.

Nunca conocemos la grandeza de nuestras misericordias hasta que nos metemos en problemas y las deseamos. Hablo hoy del pecado perdonado, pero confieso que no siento su preciosidad como antes. Hubo un tiempo en que mis pecados pesaban sobre mí, la conciencia me acusaba y la ley me condenaba, y pensé que, si Dios me perdonaba, sería lo más grande que jamás había hecho. La creación de un mundo me parecía poco en comparación con la eliminación de mis pecados desesperadamente malvados.

¡Oh, cómo lloré, cómo gemí delante de Él, y Él me ha perdonado, y bendito sea Su nombre

por ello! Pero hoy no puedo estimar el valor de Su perdón tan bien como cuando lo buscaba, cuando casi me desesperaba. Oh, recuerda alma, cuando pediste perdón, estabas pidiendo lo que los mundos no pueden comprar, estabas pidiendo lo que solo podía obtenerse a través de la sangre vital del Hijo de Dios. ¡Vaya! ¡Qué bendición fue esa! Y, sin embargo, Él no te miró a la cara y dijo: "Has pedido demasiado". No, pero Él lo dio libremente. Él no te reprochó, borró todos tus pecados y te lavó de inmediato en el río de la sangre del Salvador.

Desde entonces, ¡cuántas cosas más grandes has pedido! Una vez estuviste en problemas, parecía como si la bancarrota te alcanzara, y clamaste a Él. Si el mundo lo hubiera escuchado, habría dicho: "¡Qué tonto eres al pedirle esto a tu Dios, Él nunca te libraré!" La incredulidad, como Rabshekeh, escribió una carta blasfema, y la pusiste delante del Señor, pero incluso cuando estabas en oración, tu corazón dijo: "El Señor no te libraré esta vez. El león seguramente te devorará. El horno seguramente te quemará".

Pero tú elevaste una oración pobre y gimiente, y te atreviste a pedir grandes cosas, a saber, que Dios extendiera Su mano desde el cielo y te salvara de las aguas, para que el diluvio no te anegara. ¿No te sorprende en este momento que te hayas atrevido a preguntar tanto? No te atreverías a pedirle tanto a ninguno de tus amigos, no habrías ido a uno y dicho: "Debo tener mil libras para tal o cual día, ¿me las prestarías?" No lo conseguirías. Sin embargo, se lo pediste a tu Dios. Llegó, y aquí estás, viviendo para alabar Su nombre, y si este fuera el lugar correcto, te pondrías de pie y testificarías que Dios te escuchó, que en el día del dolor y la tribulación te libró.

Ahora bien, ¿no lo aman por haberles dado cosas tan grandes como estas? Las misericordias de Dios son tan grandes que no pueden magnificarse, son tan numerosas que no pueden multiplicarse, tan preciosas que no pueden sobreestimarse. Digo, miren hoy hacia atrás a estas grandes misericordias con las que el Señor los ha favorecido en respuesta a sus grandes deseos, ¿y no dirán: "Yo amo al Señor, porque ha oído mi voz y mis súplicas"?

5. Otro aspecto de este caso quizás nos llegue aún más al corazón. QUE TRIVIALES HAN SIDO LAS COSAS QUE A MENUDO HEMOS PRESENTADO DELANTE DE DIOS, Y, SIN EMBARGO, CUÁN AMABLEMENTE SE HA CONDESCENDIDO A ESCUCHAR NUESTRAS ORACIONES.

Es una cosa singular, que nuestros corazones son a menudo más afectados por las cosas pequeñas que por las grandes. Puedes alimentar a un niño durante todo el año y nunca obtener su agradecimiento, pero dale un dulce o una naranja, y puedes tener su corazón y su gratitud. Es extraño que las bondades de todo un año parezcan perderse, mientras que el regalo de un momento es muy apreciado. Una pequeña cosa, digo, a menudo puede tocar más el corazón que una gran cosa.

Ahora bien, ¡cuántas veces, si hemos obrado bien, hemos llevado cosas pequeñas ante el Señor! Creo que es el privilegio del cristiano llevar todas sus penas a su Dios, ya sean pequeñas o grandes. A menudo he orado a Dios acerca de un asunto del que te reirías si lo mencionara. Mirando hacia atrás, solo puedo decir que fue una pequeña cosa, pero parecía genial en ese momento. Era como una pequeña espina en el dedo, causaba mucho dolor y podría haber producido, al final, una gran herida. Aprendí a poner mis pequeños problemas a los pies de Jesús. ¿Por qué no deberíamos? ¿No son pequeños nuestros grandes? y ¿hay, después de todo, mucha diferencia entre los grandes problemas y los pequeños a la vista de Dios?

La reina estará a una hora escuchando a sus ministros, que conversan con ella de asuntos públicos, pero ¿parece menos reina cuando, después, su hijito corre hacia ella como su madre porque le ha picado un mosquito? ¿Hay alguna gran condescendencia en el asunto? Ella, que era una verdadera reina real cuando estaba en el cuarto privado, es una verdadera reina real y una madre de la nación tan amada, cuando toma al niño sobre sus rodillas y le da un beso maternal. Sus ministros no deben presentar peticiones insignificantes, pero sus hijos sí pueden.

Así que el mundano puede decir esta mañana: "Qué absurdo pensar en llevarle pequeños problemas a Dios". ¡Ay! puede ser absurdo para ti, pero para los hijos de Dios no lo es. Aunque fueras el primer ministro de Dios, si no fueras Su hijo, no tendrías derecho a llevarle tus problemas privados. Pero el hijo más insignificante de Dios tiene el privilegio de depositar su cuidado en su Padre, y puede estar seguro de que el corazón de su Padre no desdeñará considerar hasta sus asuntos más insignificantes.

Ahora déjame pensar en las innumerables pequeñas cosas que Dios ha hecho por mí. Al mirar hacia atrás, mi incredulidad me obliga a maravillarme de mí mismo, de haber orado por cosas tan pequeñas. Mi gratitud me impulsa a decir: "Amo al Señor, porque ha escuchado esas pequeñas oraciones, y respondido a mis pequeñas súplicas, y me ha bendecido, incluso en las cosas pequeñas que, después de todo, constituyen la vida del hombre".

6. Una vez más, permítanme recordarles en sexto lugar, LAS RESPUESTAS OPORTUNAS QUE DIOS LES HA DADO A SUS ORACIONES, y esto debe obligarlos a amarlo.

Las respuestas de Dios nunca han llegado demasiado pronto ni demasiado tarde. Si el Señor te hubiera dado Su bendición un día antes de que viniera, podría haber sido una maldición, y ha habido momentos en que, si Él la hubiera retenido una hora más, hubiera sido bastante inútil, porque habría venido demasiado tarde.

En la vida del Sr. Charles Wesley, ocurre una escena memorable en Devizes. Cuando fue allí a predicar, el cura de la parroquia reunió una gran turba de personas, que determinaron arrojarlo al estanque de los caballos, y si no prometía que nunca más volvería al pueblo, lo matarían. Escapó a la casa y se escondió arriba. Asediaron la casa durante horas, aporrearón

las puertas, rompieron todos los vidrios de las ventanas, y al final, para su consternación, subieron al techo y comenzaron a tirar las tejas a la calle, para poder entrar a la casa desde arriba. Había estado orando a Dios para que lo liberara y dijo: "Creo que mi Dios me librará", pero cuando vio las cabezas de la gente sobre la parte superior de la habitación en la que estaba escondido, y cuando apenas estaban a punto de saltar, casi perdió toda esperanza, y pensó que seguramente Dios no lo libraría, cuando se precipitó uno de los líderes de la multitud, un caballero del pueblo que no deseaba incurrir en la culpa de asesinato, y le propuso que se lo llevaría si le prometiera que no volvería nunca más. "No", dijo, "nunca prometo eso". "Pero", dijo el hombre, "¿es tu intención que no regreses inmediatamente?" "Bueno", dijo, "no digo que regresaré todavía, no veo ninguna utilidad en ello. Mientras me alejas, sacudiré el polvo de mis pies contra ti, pero tengo la intención de volver antes de morir". "Bueno", dijo el hombre, "eso es suficiente, si solo prometes que no volverás directamente, te sacaré".

Y así, por una gran liberación, fue salvado de las fauces del león y de las garras del oso. Su oración fue respondida en el momento adecuado. Cinco minutos después habría muerto. Ahora bien, ¿no puedes decir que la respuesta te ha llegado puntualmente en el mismo tictac del reloj de la sabiduría, ni antes ni después?

8. Ahora bien, el séptimo recuerdo con el que quisiera inspirarte es este: ¿no amarás al Señor cuando recuerdas **LAS ESPECIALES Y GRANDES INSTANCIAS DE SU MISERICORDIA PARA TI?**

Habéis tenido temporadas de oración especial y de respuesta especial. Déjame imaginarme a un hombre. Había uno que no temía a Dios, ni respetaba a hombre, estaba ocupado en negocios, y sus negocios no eran propicios, sino que todo le iba en contra. Fue contra Dios y se quejó más porque Dios le hirió. Tenía sirvientes a su alrededor que temían a Dios y lo adoraban, pero en cuanto a él, no tenía ningún pensamiento o respeto por la religión. Sus asuntos se volvieron cada vez más confusos y complicados.

Un día pasó por la casa de uno de sus trabajadores, donde se solía hacer oración, y escuchando, oyó palabras pronunciadas en súplica que tocaron su corazón. Aunque era el amo, entró y escuchó a su sirviente mientras predicaba. Dios tocó el corazón de ese hombre y le hizo sentir su necesidad de un Salvador. Se fue a casa y ahora tenía doble motivo para orar. Fue al Señor y le dijo que era un pobre pecador, miserable y deshecho, y que quería misericordia, y luego le dijo al Señor, además, aunque no lo hizo muy prominente, que era un pobre comerciante, casi quebrantado, y que, si Dios no se le aparecía, no sabía que debía ser expulsado de casa y hogar. Estos dos casos fueron presentados ante Dios.

En primer lugar, Dios escuchó su oración por su alma. Le dio gozo y paz al creer. Y aunque era pobre en ese momento, encontró lo suficiente para ayudar a erigir una casa donde se

podiera predicar el Evangelio. El Señor que lo había liberado espiritualmente, ahora vino en su ayuda temporalmente. Sus asuntos tomaron un rumbo diferente, ríos de prosperidad rodaron sobre él, y él es en este mismo día un testigo viviente del poder de Dios para responder a la oración del hombre por cosas espirituales y temporales también. Y si fuera necesario, podría dar su testimonio voluntario de respuesta especial en ese tiempo especial de necesidad. ¿Y no ama a su Dios? Sé que lo hace, porque se deleita en honrarlo, se deleita en darle de su sustancia.

Y puede haber otros de ustedes aquí presentes, cuyos caracteres han sido representados en este que he retratado ante ustedes, que están diciendo: "Seguramente se refiere a mí". Oh, entonces, al recordar lo que Dios hizo en esa doble misericordia, no dirás: "Lo amo. ¿Qué puedo hacer por él? No hay nada demasiado grande para mí para dar, nada demasiado grande para mí para hacer. Solo hazme saber mi deber, y el recuerdo de Su maravillosa munificencia me llevará a darle de mis bienes, a darle todo mi corazón. Seré enteramente suyo, y espero que en la muerte Él me reciba para Sí mismo".

Hombres y mujeres, mis hermanos y hermanas en Cristo, ¿mirarán hacia atrás unos pocos años y recordarán el tiempo en que estaban de rodillas ante Dios, buscándolo? Podría fijar mi atención hoy en muchos hombres que han sido borrachos, maldicientes, quebrantadores del día santo de Dios, aborrecedores de todo lo bueno.

Creo que te veo en ese cuarto superior tuyo. ¡Oh, cómo llorabas, cómo gemías! ¡Oh, con qué agonía derramaste tus indecibles suspiros! Te levantaste, y pensaste que Dios no tendría piedad de ti, fuiste a tu negocio, pero ¡qué desgraciado fuiste! volviste de nuevo a tu cuarto. Y cómo la viga del muro podía hablar ahora, y decirle cómo lloró, y lloró, y volvió a llorar, ante Su propiciatorio.

¿Lo amas, pero un poco hoy? ¿Se ha enfriado tu amor? Ve a casa y mira de nuevo la silla contra la que te arrodillaste. Mirad las mismas paredes, y ved si no os acusan, diciendo: "Os oí rogar a Dios por misericordia, y Él os ha oído. Ahora veo tu frialdad de corazón, observo tu tibieza en Su causa". Vuelve a tu habitación, arrodíllate y con lágrimas de gratitud di:

***"Oh tú, alma mía, bendice a Dios el Señor;
y todo lo que en mí se agita,
Su santo nombre ¡magnífica y bendice!"***

Algunos de nosotros podemos recordar otros tiempos especiales de oración. Miembros de mi iglesia, les recuerdo esa temporada solemne, cuando, como un huracán de desolación, el juicio de Dios barrió entre nosotros. Estando en este púlpito esta misma mañana, recuerdo aquella noche de dolor, cuando vi a mi pueblo esparcido como ovejas, sin pastor, pisoteados,

heridos y muchos de ellos asesinados.

¿Recuerdas cómo clamabas por tu ministro, para que pudiera ser restaurado a una razón que entonces se tambaleaba? ¿Puedes recordar cómo oraste para que Dios sacara el bien del mal, que todas las maldiciones de los malvados pudieran recaer sobre ellos y que Dios llenara este lugar con Su gloria? ¿Y recuerda cuánto tiempo hace de eso, y cómo Dios ha estado con nosotros desde entonces, y cuántos de los que resultaron heridos esa noche ahora son miembros de nuestra iglesia, y están alabando a Dios por haber entrado alguna vez en esta casa?

¡Vaya! ¿No amaremos al Señor? No hay una iglesia en Londres que haya tenido tales respuestas a la oración como nosotros, no ha habido una iglesia que haya tenido tal motivo para orar. Hemos tenido una obra especial, una prueba especial, una liberación especial, y debemos ante todo ser una iglesia que ame a Dios e invierta y se gaste en Su servicio.

Recuerda nuevamente los variados tiempos de tu enfermedad, cuando has estado enfermo, dolorido y cerca de la muerte. Déjame imaginar mi propia experiencia para que pueda recordarte la tuya. Recuerdo cuando llegué a este púlpito en agonía y les prediqué un sermón que parecía costarme la sangre de mi vida con cada palabra que pronunciaba.

Fui llevado a mi cama lleno de dolor y agonía, recuerdo aquellas noches cansadas, esos días lúgubres, esa frente ardiente, esos pensamientos vagabundos, esos espectros que acechaban mis sueños, ese sueño sin sueño, ese descanso que no conoció descanso, esa tortura, y ese dolor. Entonces busqué a Dios, y clamé que me permitiera estar en este púlpito una vez más. ¡Vaya! Entonces pensé, a mi pobre manera tonta, que predicaría como nunca antes había predicado, como "un hombre moribundo para hombres moribundos". Esperaba que mi ministerio no hubiera terminado, confiaba en que podría tener otra oportunidad de librarme de la sangre de los oyentes, si algo de esa sangre estaba en mis vestiduras.

Aquí estoy, y tengo que reprenderme a mí mismo que no lo amo como debo, sin embargo, en el recuerdo de su gran misericordia, salvando mi alma de la muerte y mis ojos de las lágrimas, debo amarlo, y debo alabarlo, y debo recordarles a cada uno de ustedes liberaciones similares, suplicarles y rogarles que bendigan al Señor conmigo. Oh, engrandezcamos Su nombre juntos. Debemos hacer algo nuevo, algo más grande, algo más grande de lo que hemos hecho antes.

Habiendo expresado así estos pensamientos, quiero que ahora me escuchen durante unos tres minutos mientras les enseño tres lecciones que deberían surgir de esta retrospectiva séptuple. ¿Qué diré entonces? Dios ha escuchado mi voz en mi oración. Entonces, la primera lección es esta: Él oirá mi voz en mi alabanza. Si me oyó orar, me oirá cantar, si me escuchó

cuando tenía lágrimas en los ojos, Él me escuchará cuando mi ojo brille de alegría. Mi piedad no será la del calabozo y el lecho del enfermo, será también la de la liberación y la de la salud.

***“Alabaré a mi Hacedor con mi aliento;
y cuando mi voz se pierda en la muerte,
la alabanza empleará mis capacidades más nobles:
mis días de alabanza nunca pasarán,
mientras que la vida y el pensamiento y el ser duran,
o la inmortalidad perdura”.***

Otra lección. ¿Ha oído Dios mi voz? Entonces oiré Su voz. Si Él me escuchó, yo lo escucharé. Dime, Señor, qué quieres que haga tu siervo y lo haré, qué quieres que crea y lo creeré. Si hay un trabajo que nunca he intentado antes, dime que lo haga y diré: “Aquí estoy; Señor, envíame”. ¿Hay alguna ordenanza a la que nunca asistí? ¿Dices: “Haced esto en memoria mía”, es Tu mandato? Por poco esencial que parezca, lo haré porque Tú me has dicho que lo haga. Si has oído mi voz débil, yo oiré la tuya, aunque sea una voz apacible y delicada. ¡Oh, que aprendieras esa lección!

La última lección es, Señor, ¿has oído mi voz? entonces les diré a otros que también escucharás su voz. ¿Me salvaste? Oh Señor, si me salvaste, puedes salvar a cualquiera. ¿Escuchaste mi oración?

***“Entonces les diré a los pecadores,
¡qué amado Salvador he hallado!”***

Y les pediré que oren también. Oh tú que nunca oras, te suplico que comiences desde esta hora. ¡Que Dios Espíritu los lleve a sus aposentos para clamar a Él! Recuerda, si pides a través de Jesús, no puedes pedir en vano. Puedo probar que en mil ocasiones Dios ha escuchado mi súplica. No había nada más en mí de lo que hay en ti. Id y apela a la promesa, apela a la sangre, y pide la ayuda del Espíritu de Dios, y no habrá nadie en esta asamblea que no reciba la bendición, si Dios lo guía a orar.

Joven, jovencita, vete a casa, y ruega a Dios por ti primero, tú que lo amas, ruega por los demás. Que cada uno de nosotros practique el segundo versículo de este salmo: “Por cuanto ha inclinado a mí su oído, por eso lo invocaré mientras viva”.